

---

# PRESENTACION

## THORSTEIN VEBLEN: UN ALEGATO EN FAVOR DE LA CIENCIA

---

El artículo que se presenta constituye una de las piezas más relevantes de la bibliografía de Thorstein B. Veblen, científico social de extraordinaria originalidad y penetración. Su obra, producida a lo largo de casi cuatro fructíferas décadas, contiene títulos tan celebrados como *The Theory of the Leisure Class*, cuya popularidad alcanzó incluso a convertir en moda el recurso a algunas de las expresiones más significativas en ella contenidas. La misma audacia interpretativa volverá a reaparecer en otros ocho libros más, moldeados todos ellos en un armazón conceptual que, una vez sistematizado, apenas experimenta variaciones. A lo que hay que añadir dos recopilaciones de algunos de sus trabajos más importantes y/o dispersos, una de ellas póstuma, *The Essays in Our Changing Order*<sup>1</sup>, y la otra, *The Place of Science in Modern Civilisation and Other Essays*<sup>2</sup>, publicada en vida de Veblen a sugerencia de sus discípulos Mitchell y Stewart, quienes, de acuerdo con su maestro, no dudaron en inspirar su título en el que estimaban era el mejor ensayo vebleniano, precisamente el aquí elegido, que, por supuesto, fue incluido en dicha recopilación<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Editada por Leon Ardroni en New York, The Viking Press, 1934.

<sup>2</sup> Esta recopilación, que reúne los principales textos teórico-metodológicos escritos por Veblen, fue publicada originalmente en New York, Huebsch, 1919.

<sup>3</sup> Este trabajo, titulado *The Place of Science in Modern Civilisation*, había aparecido en *The American Journal of Sociology*, en marzo de 1906, pp. 585-609.

---

Ahora bien, la difusión de esta obra, cuyas páginas dibujan paso a paso los contornos de una ambiciosa teoría social, se vio envuelta desde el comienzo en una fuerte controversia, relativa tanto a su contenido como a la propia personalidad de su creador<sup>4</sup>. Controversia ésta que si, de un lado, estimuló el interés por conocer las propuestas veblenianas, empañó, de otro, en parte la correcta comprensión de las mismas. A ello contribuyó también, sin duda, el tortuoso y oscuro estilo en que están redactadas, que algunos, los más críticos, han interpretado como producto de la escasa estructuración de su pensamiento, y que otros, los más familiarizados con su peculiar biografía, han relacionado con el gusto vebleniano por la provocación, expresada no sólo en sus libros, sino también en su actividad docente y, en fin, en el conjunto de su vida. Una vida seguramente más conocida y escabrosa que sus áridos escritos, y en la que no escasearon los conflictos y los problemas que, al decir de Diggins, le convirtieron en el «*niño problema*»<sup>5</sup> de la educación superior de su país, acabando por cercenar casi completamente su carrera académica. Y que le condujeron, finalmente, a encarnar el arquetipo del académico enigmático, fracasado y genial al mismo tiempo, haciendo de él una de las principales leyendas de la ciencia social de su país. Por otra parte, la seriedad de su mordaz crítica de la sociedad norteamericana del momento —que equivocadamente algunos han querido reducir a una simple sátira carente de valor científico de los modales de la clase ociosa— no coadyuvó menos a avivar el debate sobre el significado de su obra. Todo ello, junto al carácter distante, ácido y elusivo de muchas de sus páginas y de su misma personalidad, ha conducido a que todavía hoy en día se siga especulando en torno a lo que el sociólogo británico Graham Wallas, ya en 1915, denominó «*el secreto Veblen*»<sup>6</sup>.

Hay que tener en cuenta, además, la naturaleza interdisciplinaria del trabajo de este impenitente heterodoxo, contrapunto de su amplia perspectiva holista, lo que propició, como señalara Martindale, que numerosos sociólogos, al considerarle un economista, le concedieran una atención menor a la dispensada a otros clásicos, mientras que algunos economistas, precisamente los más alejados de las posiciones historicistas o institucionalistas<sup>7</sup>, en semejantes términos, remitieran su estudio al campo de la sociología.

Ello no ha sido óbice, sin embargo, para que su obra haya sido y siga siendo estudiada por conspicuos representantes de ambas disciplinas y de muchas otras ramas del pensamiento social y del conocimiento, en todas las

<sup>4</sup> Una reciente recapitulación de algunas de las más importantes ramificaciones de dicha controversia se encuentra en R. TILMAN, *Thorstein Veblen and His Critics, 1891-1963*, Princeton, Princeton University Press, 1992.

<sup>5</sup> Véase J. P. DIGGINS, *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna*, México, FCE, 1983, p. 251.

<sup>6</sup> Cfr. G. WALLAS, «Veblen's Imperial Germany and the Industrial Revolution», *Quarterly Journal of Economics*, núm. 30, noviembre 1915, pp. 179-187.

<sup>7</sup> Han sido, sobre todo, los más cercanos a la llamada escuela institucionalista los que preferentemente se han ocupado de mantener vivo y reactualizar permanentemente su legado, como han venido haciendo, sobre todo, desde las páginas de *The Journal of Economic Issues* y *The American Journal of Economic and Sociology*.

cuales —sobre todo en las primeras— se ha hecho sentir el hondo impacto de sus aportaciones. El resultado es una voluminosa literatura secundaria que, atraída sobre todo por el clima de polémica creado en torno a sus escritos, comienza a aparecer a finales de siglo pasado y no deja de incrementarse desde entonces, conociendo incluso un notable florecimiento en las dos últimas décadas, en relación con el rebrote de los debates epistemológicos.

Ahora bien, la mayor parte de esta literatura ha visto la luz dentro del mundo cultural anglosajón y no ha sobrepasado las barreras de este ámbito, siendo muy escasa la presencia de versiones de la misma o de trabajos originales en ella en otras lenguas. Algo que ha afectado incluso a los textos veblenianos, objeto de contadas traducciones en otros idiomas —salvo por lo que hace al italiano—, que, además, las más de las veces, han coincidido en circunscribirse a su obra más famosa, arriba citada. Este ha sido el caso en el ámbito hispanohablante, donde la temprana aparición de la entre nosotros denominada *Teoría de la clase ociosa*<sup>8</sup> sólo se vio acompañada de la versión posterior de otro libro vebleniano más, *Teoría de la empresa de negocios*<sup>9</sup>, sin que las traducciones de literatura secundaria hayan alcanzado un volumen superior. A lo que hay que añadir una producción propia sobre su obra de enorme calidad pero aún no suficientemente extensa, que espera la hora de contabilizar una monografía<sup>10</sup>.

Seguramente, todas las circunstancias apuntadas avalarían por sí mismas la pertinencia de elegir el texto que a continuación se presenta. Pero, además, confluyen en esta misma dirección otras muchas razones, relativas tanto a su localización estratégica dentro de la obra vebleniana como, en fin, a su mismo contenido y a su conexión con algunos de los más enardecidos debates que rodearon el ascenso —entonces en curso— de las nuevas instituciones de educación superior norteamericanas.

En relación con el primer aspecto, hay que recordar que Veblen acometió su escritura en 1906, es decir, durante una de las etapas más fructíferas de su trayectoria vital y personal, aquella que se sitúa entre la última década del ochocientos y la primera del presente siglo. Esta etapa coincide muy de cerca con la estancia de Veblen en la Universidad de Chicago, hasta el punto de que, frecuentemente, se han utilizado las fechas de dicha estancia para delimitar con más nitidez que cualquier otro dato de su biografía los límites temporales de la misma<sup>11</sup>. La coincidencia, por otra parte, no es anecdótica, si recordamos

<sup>8</sup> Esta versión española, aparecida originalmente en México, en 1944, a cargo de Vicente Herrero, es del Fondo de Cultura Económica.

<sup>9</sup> Buenos Aires, Paidós, 1965.

<sup>10</sup> No cabe concluir por ello que dicha obra haya sido ignorada entre nosotros, como la profusión de referencias a la misma en ensayos, artículos y libros de carácter más general atestiguan. Ahora bien, la recepción de la misma se ha producido más desde la perspectiva de su contribución específica a una u otra temática que como cuerpo unificado de teoría. Por lo que la asidua inclusión de sus sugerencias en trabajos de especialidad contrasta con la relativa escasez de consideraciones globales relativas a su teoría social.

<sup>11</sup> Aunque la periodización de la biografía y de la obra veblenianas apenas ha atraído

el extraordinario ambiente intelectual reinante en dicha Universidad por aquellas fechas. En efecto, toda una amplia pléyade de primeras figuras se habían dado cita en esta meca del saber, en parte gracias a la emprendedora política acometida por su joven rector, W. Rainley Harper, quien consiguió llevar adelante el «proyecto Rockefeller» de erigir uno de los centros de educación superior más prestigiosos del país<sup>12</sup>.

Veblen encontró, sin duda, en este efervescente medio un caldo de cultivo óptimo para nutrir su trabajo científico y pergeñar gran parte de su obra más madura. Porque, efectivamente, son éstos los años en los que, al decir de algunos, «articuló el paradigma de su pensamiento social»<sup>13</sup> y, a juicio de otros, escribió trabajos cruciales —como el que aquí se comenta— en los que se contenían ya «la mayor parte de sus ideas importantes»<sup>14</sup>. Es entonces cuando, ciertamente, sienta los fundamentos de su posición teórica, estructurada en torno a una teoría de la naturaleza humana; una teoría de la evolución histórica, con especial referencia a la génesis del capitalismo, y, más concretamente aún, al capitalismo corporativo contemporáneo de «propiedad ausente»; y una teoría del conocimiento y de la ciencia, todas las cuales configuran una sistemática que, lejos de desaparecer, impregna, de una u otra forma, las páginas veblenianas. Concretamente, el artículo que aquí nos ocupa, consagrado al último de los aspectos señalados, integra también las restantes dimensiones de la teoría social de Veblen, constituyendo precisamente su objeto específico el análisis de sus respectivas relaciones.

A su vez, dentro de la amplia obra que redacta en dicho período, este trabajo entronca particularmente por su contenido, de un lado, con los que dedica entonces a la ciencia económica<sup>15</sup> y, de otro, con *The Evolution of the Scientific Point of View*, publicado en 1908, dos años después de su salida de Chicago y durante su breve permanencia en Stanford, donde, aun con una

---

la atención de los comentaristas posteriores —sin duda, debido a la notable continuidad reinante en ambas—, es moneda común, sin embargo, la identificación de sus años de estancia en Chicago como una fase diferenciada dentro de toda su trayectoria. Dicha fase se extiende entre 1892 y 1906, durante la cual nuestro autor publicó dos de sus libros más importantes, así como numerosas recensiones y algunos de sus artículos más importantes. Fue también entonces cuando desempeñó un papel crucial en la edición de la nueva revista *The Journal of Political Economy*, donde, junto a *The American Journal of Sociology* y *The Quarterly Journal of Economics*, vieron entonces la luz la mayor parte de sus trabajos.

<sup>12</sup> Entre dichas figuras hay que citar a pragmatistas como John Dewey, director entonces del Departamento de Filosofía, y George H. Mead, quien permaneció en Chicago hasta el final de su carrera; sociólogos como Albion Small, fundador del Departamento de Sociología e inspirador de la *American Journal of Sociology*, y, en fin, fisiólogos como Jacques Loeb, quien avanzaba en su indagación sobre los motores de la conducta humana en estrecho contacto con Veblen.

<sup>13</sup> Véase M. F. SUTO, *Thorstein Veblen and the Crisis of Western Social Thought*, tesis doctoral sin publicar, Universidad de California, Los Angeles, 1979, p. 5.\*

<sup>14</sup> Véase M. LERNER, «Introduction» a *The Portable Veblen*, New York, Penguin Books, 1976, p. 5.

<sup>15</sup> Un comentario de dichos trabajos se encuentra en el artículo de M. BARAÑANO, «Veblen y el *homo oeconomicus*», recogido en este mismo número de la revista.

menor productividad, continuó la línea docente e investigadora de Chicago. Finalmente, gracias a la aportación de Dorfman podemos afirmar que la crucial vinculación del artículo aquí comentado con el sugerente estudio vebleniano de las instituciones de enseñanza superior, *The Higher Learning in America. A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men*<sup>16</sup>, publicado en 1918, no se limita a la temática abordada, sino que, asimismo, acusa el transfondo de un contexto de gestación común. Y es que, efectivamente, Veblen había finalizado el primer manuscrito de este estudio catorce años antes, esto es, en 1904, e incluso llegó a enviarlo este mismo año al editor junto con otro libro que él consideraba complementario, *The Theory of the Business Enterprise*<sup>17</sup>. Lo que sucedió es que, conforme a la explicación que él mismo nos proporciona, el editor Scribner, que aceptó publicar este último texto, rehusó publicar el primero debido al informe adverso de que fue objeto por parte del propio rector Harper, quien, también según Veblen, se sintió aludido por sus corrosivas críticas a la conversión de la Universidad en una «empresa de negocios». Sólo cuando Chicago quedaba ya muy atrás, y renunciando a su decisión de desistir de cualquier nuevo intento de publicación antes de su muerte, Veblen dio luz verde a la edición del manuscrito, en la que introdujo algunas modificaciones que, en conjunto, al decir de su discípulo Ardzrooni, hicieron del mismo un texto menos «vitriólico» de lo que era su versión original.

Los avatares que rodearon a la publicación de *The Higher...* no han de entenderse sólo como producto de la conflictiva biografía de este *norskíe* descreído, sino también como manifestación del clima de polémica que envolvía en estas fechas a la enseñanza superior del país. Efectivamente, el escenario académico norteamericano, dominado tradicionalmente por los *Colleges* —orientados muchos de ellos a la inculcación de una disciplina moral y mental, en el contexto de una fuerte orientación religiosa— y por diversas escuelas profesionales, comenzó a experimentar tras la Guerra Civil un profundo proceso de cambio, sobre todo entre 1890 y 1910, décadas en que se sentaron los cimientos del modelo universitario que hoy conocemos. De acuerdo con la descripción ofrecida por Veysey<sup>18</sup>, ello se acompañó de un acalorado debate relativo tanto a las metas propias de la Universidad como a su organi-

<sup>16</sup> Aparecida en New York, Huebsch, 1918.

<sup>17</sup> Veblen, en carta a Loeb de 10 de febrero de 1905, explica que *The Higher...* se inspiraba precisamente en el último capítulo, luego suprimido, de una primera versión de este libro. Citado en Joseph DORFMAN, «New Light on Veblen», en *Thorstein Veblen: Essays, Reviews, and Reports, Previously Uncollected Writings*, Clifton (N.J.), Augustus M. Kelley, 1973, p. 141.

<sup>18</sup> Véase Laurence R. Veysey, *The Emergence of the American University*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1965. También, C. W. MILLS, en su libro *Sociology and Pragmatism. The Higher Learning in America*, New York, Oxford University Press, 1966, pasa revista a las transformaciones experimentadas entonces por las instituciones educativas superiores, que, a su juicio, constituyeron precisamente uno de los focos de interés de la escuela pragmatista en la que él se formó. I. L. Horowitz, en el Prefacio de dicho libro, no deja de apuntar «su enorme deuda (de C. W. Mills) con la obra de Thorstein Veblen» (*op. cit.*, p. 9).

zación interna. A su vez, la primera de ambas cuestiones fue objeto de discusión desde tres puntos de vista: aquel que destacaba el propósito de servicio práctico que dicha institución debería ofrecer a la sociedad; la perspectiva que insistía en que había de concentrarse en la inculcación de una cultura humanista y liberal; y, por último, el que hacía de la Universidad la sede por excelencia de la ciencia pura, privilegiando el momento de la investigación. Se ha dicho que la primera de estas concepciones fue la más aclamada como «*la contribución genuinamente norteamericana a la teoría educativa*»<sup>19</sup>, por su inspiración en los ideales jeffersonianos, mientras que las otras dos miraban hacia Europa, ora hacia el modelo inglés y francés —en el caso de la segunda— o al modelo alemán —el más reputado entonces en el terreno científico—, la tercera.

Más allá de la trascendencia histórica de este decisivo debate, lo interesante a nuestros fines es que Veblen, abandonando su proverbial desapego, intervino personal y hasta apasionadamente en una toma de partido inequívoca a favor de la tercera de las concepciones reseñadas, esto es, de la consagración sin reservas de la Universidad a la investigación científica desinteresada. Y su posición, que representaba una versión extrema de esta apuesta por la ciencia, no sólo desempeñó un papel protagonista en las discusiones académicas de entonces, sino también en las que se reprodujeron en épocas posteriores. En efecto, Veblen, que sentía una honda admiración por el modelo alemán, estructurado en torno a la clase magistral, al laboratorio y sobre todo, al seminario llegó a definir la Universidad como «*un cuerpo de eruditos y científicos*»<sup>20</sup> consagrados en primer grado a «*la investigación científica y erudita*»<sup>21</sup> y, subsidiariamente, a una actividad docente hermanada con dicha investigación. Es decir, lo esencial era, para él, el conjunto de universitarios implicados, «*aquellos que enseñan y aquellos que aprenden*»<sup>22</sup>, y su trabajo. Relegaba así a un distante segundo plano al «*equipamiento material*»<sup>23</sup>, sobre todo a aquel que, frente a las bibliotecas o laboratorios, más inapropiadamente, a su entender, monopolizaba los presupuestos disponibles, como el destinado a actividades deportivas o ceremoniales o, en suma, a la exhibición de derroche ostentoso. Y lo mismo opinaba de las innecesarias juntas rectoras, así como del conjunto de la administración académica, máxime si, como pensaba que era el caso, su principal función no era otra que la de someter la legítima prosecución del conocimiento a una implacable «*vigilancia pecuniaria*»<sup>24</sup>. En definitiva, Veblen

<sup>19</sup> Véase L. R. VEYSEY, *op. cit.*, p. 12. Veysey, aun mostrando su acuerdo con esta valoración, puntualiza, sin embargo, a renglón seguido, que también esta concepción de la Universidad, como no podía ser de otro modo, guarda un estrecho parentesco con tradiciones europeas.

<sup>20</sup> Véase T. B. VEBLEN, *The Higher Learning in America. A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men*, citada aquí por la edición de New York, Augustus M. Kelley, 1965, p. 18.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 18, nota 1.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 65.

no dudó en comprometerse sin condiciones en la defensa de una enseñanza superior y de una ciencia «puras», arremetiendo apasionadamente contra todo aquello —básicamente, los principios de negocios— que pudiera desviarlas de su cometido. No en vano consagró su vida a su servicio, aunque ello le costara apurar «*el trago amargo*»<sup>25</sup> destinado, al decir de John Dos Passos, a aquellos orgullosos rebeldes que, como él, se negaron a transigir en sus radicales principios<sup>26</sup>.

El artículo que aquí se comenta no exhibe el tono apasionado y personal de que hace gala *The Higher...*, pero igualmente confluye en el cerrado alegato en defensa de la ciencia, a la que incluso se refiere como el elemento en que residiría, junto con la tecnología mecánica, la peculiar excelencia contemporánea de la civilización occidental. Juicio éste particularmente significativo en un crítico tan abierto de otros productos característicos de esta misma civilización —como el «sistema de precios»—, y tan refractario a la noción de un progreso que no consideraba ni inevitable ni previsible. Porque, en definitiva, es innegable que Veblen se aliena entre aquellos teóricos que, debido en gran medida al efecto polémico perseguido, enfatizan más los lazos de continuidad con el pasado que la singularidad del presente. Y ello en diferentes planos: tanto con respecto a la naturaleza humana como a la sociedad y la cultura y, en fin, al propio conocimiento. Ahora bien, ello no es óbice para que, simultáneamente y hasta el final de sus días, sostenga una esperanzada confianza en el desarrollo contemporáneo, dentro de dicha civilización, de tres elementos cruciales: la inagotable curiosidad ociosa<sup>27</sup>, reforzada por la institución universitaria; la industria y la técnica, sometidas en la fase mecánica a una espectacular expansión; y el conocimiento esotérico, hijo de aquella curiosidad y que habría encontrado en la ciencia moderna —sobre todo en la ciencia postdarwinista, añadirá en otros textos— su «más alta expresión».

<sup>25</sup> Véase el retrato de Veblen recogido en J. DOS PASSOS, *El Gran Dinero*, Barcelona, Bruguera, 1982, pp. 113-125.

<sup>26</sup> En cualquier caso, conviene recordar que el ideal universitario basado en el modelo científico alemán, desprovisto de la radicalidad que revistió en la obra vebleniana, inspiró ya entonces la fundación de dos nuevas universidades, Johns Hopkins y Clark, al tiempo que propició la creación de centros y de estudios específicos consagrados a la formación e investigación científicas en otras instituciones más ajenas, como Harvard. Y ello en un período del devenir norteamericano no muy alejado en el tiempo de aquel otro en el que, en palabras de Hofstadter, aún «*era necesaria una gran convicción para creer que se podría ir más lejos ampliando los límites del conocimiento que empujando la frontera hacia el Oeste*»; cfr. R. HOFSTADTER y C. D. HARDY, *The Development and Scope of Higher Education in the United States*, New York, Columbia University Press, 1952, p. 21.

<sup>27</sup> En este trabajo no hace igual hincapié en otra inclinación íntimamente asociada a la curiosidad ociosa en la génesis del conocimiento, la inclinación al trabajo bien hecho (*instinct of workmanship*), que, sin embargo, ya había hecho aparición en textos anteriores y que, asimismo, acompaña a las reflexiones veblenianas sobre dicha curiosidad contenidas en las páginas de *The Higher...*, texto éste en el que Veblen lo expone del siguiente modo: «*por lo que hace a su génesis y desarrollo, cualquier sistema de conocimiento puede retrotraerse, con seguridad y en lo fundamental, a la iniciativa y propensión derivados de dos rasgos impulsores de la naturaleza humana: una curiosidad ociosa y el instinto de trabajo bien hecho*» (cit., p. 5).

La defensa de estas tesis en *The Place of Science in Modern Civilisation* se apoya en un argumento polémico, estructurado —como casi toda la obra vebleniana— en torno a una serie de dicotomías que contrastan el punto de vista rechazado —considerado expresión ora de unos saberes obsoletos o de unos hábitos contaminados por patrones depredadores o pecuniarios— con el suyo propio.

El punto de partida entronca con las cruciales disquisiciones veblenianas sobre la naturaleza humana y, más concretamente, con aquellas que vinculan dicha naturaleza con la fuerza impulsora y los objetivos del conocer. Al respecto, el norteamericano comienza afirmando la «*tendencia natural*»<sup>28</sup> a una curiosidad ociosa que, en la especie humana, complementa el carácter esencialmente activo y teleológico de la inteligencia. Se opone así a las explicaciones construidas desde un «*pragmatismo ingenuo*»<sup>29</sup> conforme al cual la búsqueda del conocimiento, como cualquier otra línea razonada de conducta, se subordinaría en el ser humano a la prosecución de lo útil o conveniente para el individuo. La desautorización de esta particular versión no debe confundirse con un rechazo completo de la perspectiva pragmatista, de tanta relevancia en suelo norteamericano, y tan presente en la obra de Veblen, desde que en sus años juveniles la recibiera del magisterio del propio Peirce. Por el contrario, incluso se ha llegado a decir que fue precisamente en este último autor, igualmente adverso al sometimiento de la ciencia a objetivos prácticos, en quien Veblen se inspiró para confeccionar esta noción de una curiosidad ociosa<sup>30</sup>. En cualquier caso, lo cierto es que con ella pretende dar cuenta de la propensión humana a «*investigar la naturaleza de las cosas, más allá de la utilidad de los conocimientos así obtenidos*»<sup>31</sup>. Propensión ésta cuyo único objetivo es alcanzar «*una organización teórica, una articulación lógica de las cosas conocidas cuyas líneas, en lugar de ser desviadas por consideraciones de oportunidad o de conveniencia, deben ceñirse a los cánones de realidad aceptados en el momento*»<sup>32</sup>. Es decir, el carácter ocioso de dicha propensión no significa que actúe en dirección contraria a la inclinación práctica y laboriosa de los hombres a desarrollar sus artes industriales, sino que tan sólo señala su naturaleza

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 202.

<sup>29</sup> T. B. VEBLÉN, «The Place of Science in Modern Civilisation», p. 589.

<sup>30</sup> Véanse M. F. SUTO, *op. cit.*, y A. W. DYER, quien ha comparado esta curiosidad con el concepto de *musément* sostenido por Peirce, estableciendo una estrecha relación entre sus respectivas concepciones de la lógica de la investigación científica, en su trabajo «Veblen on Scientific Creativity: The Influence of Charles S. Peirce», *Journal of Economic Issues*, vol. XX, núm. 1, marzo 1986, pp. 21-41. E incluso el propio Veblen, en *The Higher...*, reconoce que «*en sus últimas y más meditadas formulaciones, los expositores del pragmatismo han hecho las paces*» con la curiosidad ociosa (cit., p. 5, núm. 2). Hay que añadir que, aunque con diferentes significados, las referencias a una suerte de instinto de curiosidad o «*emoción por conocer*» pueblan en este período las páginas de algunos de los psicólogos más famosos e influyentes en la obra de Veblen. Véanse, entre otros, W. JAMES, *Psicología pedagógica*, Madrid, Daniel Jorro, 1924, y W. McDOUGALL, *An Introduction to Social Psychology*, originalmente aparecida en 1908 y citada aquí por la edición aparecida en Londres, Methuen & Co. Ltd., 1960.

<sup>31</sup> T. B. VEBLÉN, *The Higher...*, *op. cit.*, p. 5.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 8.



desinteresada, ajena a cualquier propósito ulterior<sup>33</sup>. A lo que hay que sumar su semejanza con «*la aptitud para el juego*»<sup>34</sup> que acertadamente Kaplan, en debate con Riesman, vincula con el decisivo papel que Veblen atribuye a la creatividad en la investigación básica<sup>35</sup>.

La relevancia concedida a este concepto, que aparece por primera vez en el artículo que aquí se comenta, se mantiene luego en otras muchas de las páginas escritas por Veblen, así como en su propio esquema teórico. Dicha relevancia sobrepasa, además, los límites de su teoría de la naturaleza humana y conecta ésta con su teoría de la historia, de una parte, y del conocimiento, de otra.

Con respecto a la primera, parece claro que Veblen, lejos de reducir la curiosidad ociosa a un atributo individual, vincula su despliegue con las condiciones sociales y culturales propias de cada fase histórica, como sucede incluso con su propia constitución, moldeada durante el salvajismo por mor de un prolongado proceso de evolución. Su trayectoria se engloba, por tanto, en la vasta reconstrucción vebleniana del devenir humano, dentro de la cual distingue dos grandes etapas. De un lado, la era salvaje original, vagamente localizada en una prehistoria remota y vigente, asimismo, en la mayor parte de las comunidades «primitivas» contemporáneas de las que Veblen tuvo noticia a través de las primeras investigaciones antropológicas. De otro, toda la evolución posterior hasta la actualidad, dominada por una omnipresente cultura depredadora. Fase esta última que, a su vez, en las sociedades occidentales evoluciona desde el oscuro barbarismo inicial hasta una era pecuniaria dentro de la cual germinan el maquinismo y el sistema capitalista.

Esta reconstrucción se fundamenta, por tanto, en una nueva y amplia dicotomía que, al igual que muchas otras de las salidas de su pluma, conlleva una fuerte carga normativa. En efecto, mientras que el hipotético estadio primigenio se presenta como el caldo de cultivo de una curiosidad ociosa sólo contaminada por las disposiciones animistas y antropomórficas del «buen salvaje», desconocedor de las distinciones envidiosas, toda la historia posterior es retratada como un mundo escindido, dominado por una clase ociosa y unas ocupaciones belicosas, primero, y pecuniarias, después, usufructuarias del reconocimiento y de la laboriosidad grupales. En consecuencia, la búsqueda desinteresada del conocimiento sucumbe al imperio de las consideraciones pragmáticas de conveniencia y utilidad obedientes de los «intereses creados». Ahora bien, en primer lugar, siempre subsisten grupos que, aun soterradamente, continúan alimentando dicha búsqueda, y, además, la propia evolución de la fase pecuniaria, en la que la depredación, sin desaparecer, se encamina a partir

<sup>33</sup> Distintos comentaristas han insistido en esta línea tanto en la interpretación del significado de este concepto como en las traducciones del mismo a otros idiomas. Véanse G. PIROU, *Les nouveaux courants de la théorie économique aux Etats-Unis*, París, Domat-Montchrestien, 1936, y N. KAPLAN, «Idle Curiosity», en D. F. Dowd (ed.), *Thorstein Veblen: A Critical Reappraisal*, New York, Cornell University Press, 1958, pp. 39-55.

<sup>34</sup> T. B. VEBLÉN, *The Place of Science in Modern Civilisation*, cit., p. 590.

<sup>35</sup> Véase N. KAPLAN, *op. cit.*

de la era artesanal por los derroteros cuasi-pacíficos, alcanza en las sociedades más desarrolladas una fase mecánica favorecedora del florecimiento del que ahora se denomina «espíritu científico», sobre todo entre las capas de la población más cercanas al proceso industrial.

El recurso a las contraposiciones dicotómicas, ora entre el salvajismo y la depredación o, dentro de ésta, entre los principios belicosos o pecuniarios y los vinculados al «arte de producir», encuentra también su correlato en la distinción que Veblen sienta en este artículo entre el conocimiento guiado por la curiosidad ociosa y el conocimiento pragmático o «*saber mundano*»<sup>36</sup>.

En *The Higher...* se refiere al primero de ellos con el término de «*conocimiento esotérico*»<sup>37</sup>. Este conocimiento, que difiere de una cultura a otra tanto por lo que hace a la relevancia que alcanza como a los cánones y las preconcepciones desde los que es sistematizado, amanece en «la edad de oro» inicial bajo la forma de mitos y leyendas con las que los salvajes intentan comprender los hechos naturales. Más adelante, los hábitos de pensamiento inducidos por el esquema de vida depredador propician el florecimiento de un conocimiento pragmático que, en lugar de perseguir la interpretación sistemática de la realidad, se orienta a la creación de «*máximas de conducta convenientes*»<sup>38</sup>.

Ahora bien, la curiosidad ociosa, que hasta en los tiempos más oscuros había continuado siendo cultivada por los individuos más impermeables a las pautas depredadoras, comienza a renacer de nuevo en la era artesanal al calor de la gradual sustitución de aquellas pautas por unos principios pecuniarios que conviven pacíficamente con unas artes industriales en expansión. En efecto, la mudanza en el esquema de vida y de pensamiento y, sobre todo, las características de la nueva disciplina laboral artesanal, conducen a la mitigación de las preconcepciones antropomórficas y animistas de etapas anteriores y al establecimiento de los primeros cimientos del conocimiento científico. Conocimiento éste que pasa a apoyarse entonces en las nociones de causalidad y ley naturales, inspiradas tanto en el carácter del trabajo artesano como en la lógica de los conceptos contables que acompañan al desarrollo de las actividades mercantiles. Más adelante, el espectacular avance de las artes industriales, así como la naturaleza mecánica de las mismas, favorecedoras de una aprehensión igualmente mecánica e impersonal de la realidad, desembocan en la entronización definitiva del punto de vista científico, que deviene la versión hegemónica del conocimiento esotérico de las sociedades contemporáneas. La ciencia, particularmente la que Veblen denomina «*ciencia material*», estrechamente vinculada a la actividad productiva, se convierte en el ideal dominante en el sentido común de la humanidad civilizada. Al tiempo que experimenta un giro decisivo en su contenido, al liberarse, gracias a las categorías darwinianas, de

<sup>36</sup> Veblen recurre profusamente a este término a lo largo de toda su obra. Véase su utilización en el texto aquí comentado, p. 600.

<sup>37</sup> T. B. VEBLEN, *op. cit.*, p. 1.

<sup>38</sup> T. B. VEBLEN, *The Place...*, cit., p. 600. Un tipo de conocimiento que Veblen engloba dentro de esta categoría es el conocimiento escolástico.

los vestigios antropomórficos y teleológicos de sus primeros desarrollos. Proceso éste en el que, entre otras transformaciones, la causalidad natural cede el paso a la noción de secuencia acumulativa causal ciega.

Ahora bien, el conocimiento pragmático, por su parte, lejos de desaparecer, continúa nutriéndose de las supervivencias heredadas del barbarismo y de los hábitos engendrados por unos principios de negocios que, sobre todo en la fase de «propiedad ausente», se ven abocados irremediabilmente a obstruir el vasto potencial productivo de la ciencia y la tecnología mecánicas. Obviamente, el impacto de esta línea de habituación pragmática afecta particularmente a las clases superiores vinculadas directa o indirectamente a las «ocupaciones pecuniarias» —los hombres de negocios y la clase ociosa—, pero la difusión de las consideraciones pecuniarias a capas sociales cada vez más amplias, de la mano de un consumo conspicuo en curso de generalización, amenaza, según Veblen, con extender su campo de influencia.

En definitiva, más allá del alegato en favor del conocimiento científico, predominante en el esquema cultural del mundo civilizado, Veblen advierte en este artículo de la pervivencia de un conocimiento pragmático galvanizado por consideraciones de conveniencia pecuniaria incompatibles con la curiosidad desinteresada y con el proceder de la ciencia. Al tiempo que interpreta esta dicotomía a la luz de la profunda división de las sociedades capitalistas desarrolladas entre la «industria» y «los negocios» o, en otros términos, entre «el hombre común» y «los propietarios ausentes».

De aquí el interés de Veblen por aquellos a quienes consideraba llamados a jugar un papel crucial en la defensa del despliegue científico y técnico, es decir, los ingenieros, a cuya trascendental misión dedicó su obra *The Engineers and the Price System*<sup>39</sup>, la de mayor contenido político y utópico de las que escribió. Dicho interés le llevó a organizar en la última década de su vida diversos encuentros con la American Society of Mechanical Engineers, e incluso a sugerir la creación de «*soviets de técnicos*», convencido como estaba de que, junto con los científicos, representaban el principal baluarte en la defensa de lo más valioso de nuestra civilización. Ello le ha valido la consideración de inspirador del movimiento tecnocrático, así como de profeta del creciente protagonismo de la *intelligentsia* técnica. Al tiempo que otros comentaristas, acertadamente, han apuntado los resabios saint-simonianos de esta ingenua defensa de un periclitado científicismo e industrialismo<sup>40</sup>.

En cualquier caso, ello nos retrotrae a la consideración con la que iniciábamos estas páginas, esto es, la controversia generada en torno a la interpretación de la obra vebleniana. Tarea que ha conducido a muchos a indagar en la

<sup>39</sup> Aparecida en New York, Huebsch, 1921.

<sup>40</sup> Respecto de ambas valoraciones, véanse, entre otros, D. BELL, «Veblen and the New Class», *American Scholar*, núm. 32, 1963, pp. 616-638; R. ARON, «Avez-vous lu Veblen?», en T. B. VEBLÉN, *Théorie de la classe de loisir*, París, Gallimard, 1970, pp. VII-XLI; A. GOULDNER, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Madrid, Alianza, 1978; y J. E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*, Madrid, Taurus, 1989.

jugosa vida de este «bardo del salvajismo»<sup>41</sup>, a caballo entre la nostalgia por la sencilla vida primitiva perdida y la más rotunda admiración por las «maravillas» de la ciencia y de la técnica modernas<sup>42</sup>. Pero que, a nuestro entender, no debe empañar el reconocimiento de la relevancia de su legado. Un legado marcado por las preocupaciones y los debates del contexto intelectual e histórico en que fue pergeñado, y en el que, junto a consideraciones definitivamente periclitadas, se apuntan un caudal de cruciales anticipaciones y valiosas sugerencias. De entre ellas, muchas de las contenidas en este artículo, consideradas luego precursoras de la sociología del conocimiento<sup>43</sup>, no son sino un ejemplo más.

Margarita BARAÑANO

---

<sup>41</sup> Término éste originalmente empleado por Perry MILLER para referirse a este nostálgico del supuesto salvajismo original, en su libro *American Thought: Civil War to World War I*, New York, Holt, Rinehart and Winston, 1954, p. XLIX, y retomado luego por Diggins en su monografía sobre Veblen ya citada.

<sup>42</sup> En esta dirección, un autor como David Riesman, autor de una biografía ya clásica sobre Veblen construida en clave psicoanalítica, ha llegado incluso a explicar la defensa vebleniana de la curiosidad ociosa como una racionalización de su proverbial incapacidad para la vida práctica. Véase D. RIESMAN, *Thorstein Veblen: A Critical Interpretation*, New York, Charles Scribner's Sons, 1953.

<sup>43</sup> A la sociología del conocimiento presente en la obra vebleniana se han referido, entre otros, L. WIRTH, «Prólogo» en K. MANNHEIM, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Aguilar, 1973, pp. XVII-XXXVII; B. BARBER, *La ciencia y el orden social*, Barcelona, Ariel, 1952; L. COSER, «Sociología del conocimiento», en D. Sills (ed.), *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, 1979, pp. 114-119; E. LAMO DE ESPINOSA, «El estatuto teórico de la sociología del conocimiento», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, núm. 40, octubre-diciembre 1987, pp. 7-44; y B. BARNES, T. S. KUHN y R. K. MERTON, *Sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1972, donde se recogen unas páginas del texto de Veblen aquí comentado.